PUERTA

RISAS

Y

LAGRIMAS

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0553
0500767733

RISAS Y LÁGRIMAS.

COLECCION

DE

SEGUIDILLAS,

POR

Juan de la Puerta Vizcaino,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE ARQUEOLOGÍA Y GEOGRAFÍA DEL PRÍNCIPE D. ALFONSO, Y SECRETARIO DE LAS SECCIONES DE ÉTICA Y LITERATURA DE LA MISMA.

MADRID,

LIBRERÍA DE D. M. ESCRIBANO, EDITOR,

calle del Príncipe, Núm. 25.

1865

LA SOLEDAD,

coleccion de cantares

POR

D. AUGUSTO FERRANT Y FORNIÉS.

Esta coleccion de versos, escritos en el estilo sencillo y espontáneo de las canciones populares, forma un precioso tomo en 8.°, de buen papel y esmerada impresion. Su precio 6 Rvn. en Madrid y 7 en Provincias, franco de porte.

Los pedidos á D. Mariano Escribano, Príncipe, 25, librería.

RISAS Y LÁGRIMAS.

COLECCION

DE

SEGUIDILLAS,

POR

Juan de la Puerta Vizcaino,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE ARQUEOLOGÍA Y GEOGRAFÍA DEL PRÍNCIPE D. ALFONSO, Y SECRETARIO DE LAS SECCIONES DE ÉTICA Y LITERATURA DE LA MISMA.

MADRID,

LIBRERÍA DE D. M. ESCRIBANO, EDITOR,

calle del Príncipe, Núm. 25.

1865

Es propiedad del Editor.

IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, Núm. 21.

AL DISTINGUIDO ACTOR

D. MANUEL CATALINA.

Amigo mio: Si alguna cosa valen las pobres poesías que le dedico, bien haya la hora en que lo hago; si sucede lo contrario, tenga V. ésta por una página en blanco; pero siempre por verdadero el reconocimiento y particular afecto que le profesa su sincero amigo

EL AUTOR.

ADVERTENCIA.

—

Al dar á la luz pública la presente obra, no hago más que acceder á las repetidas instancias que mis amigos me han hecho, tantas veces como han tenido la paciencia de oirme leer ó recitar alguna de mis pobres poesías.

Os las presento con modestia; y aunque esta razon no sea suficiente para disculpar la parte de criminalidad que pueda haber en el consentimiento que he dado para que se publiquen, servirá al ménos para atenuarla.

No me creais capaz de escribir mejores versos que los que vais á leer; de todo lo que he escrito he coleccionado lo ménos malo, y puedo deciros con sinceridad que, ocupándome varias veces en pensar si yo podria hacer alguna cosa mejor en poesía y en esta clase de metro, por el que tengo particular predileccion, me he contestado: *Non plus ultra.*

Todas mis seguidillas están escritas en momentos en que he sido impresionado por los distintos séres ú objetos que me las han inspirado.

Si no son buenas, podreis decir al ménos: *Ha sentido lo que ha escrito;* y en los tiempos que atravesando vamos, creo, que no es poco, comprender lo que el hombre piensa y el alma siente por lo que su pluma escribe.

Escuso deciros que mi obra carece de prólogo; pero no creo fuera de tiempo el daros una esplicacion de por qué tiene esta falta.—No me atrevo á llamarle defecto.

El prólogo reasume en pocas líneas el espíritu de la obra, y no sólo sirve para esto, sino tambien para manifestar sus bellezas ó defectos.

Yo soy padre de mis obras, y los padres rara vez conocemos la fealdad de nuestros hijos, los que casi siempre nos parecen, si no bellos, al ménos hermosos; y aun cuando un padre crea que tienen algunos defectos, ¿cómo los va á publicar sin lastimar á sus hijos, sin herirse á sí mismo?

Esta es la razon por la cual yo no hago un prólogo á mi obra.

Nuestros amigos miran y juzgan con

tanto interes nuestras obras como si fueran suyas; puede decirse que son sus padrinos, y que las aman desde que nacen hasta que mueren. ¿Qué diria un padrino de su ahijado si se viera obligado á hacer una pública manifestacion de su bondad ó de su maldad, y á instancias de su padre?

Esta es la razon por la cual no he querido que ninguno de mis amigos haga un prólogo á mi obra.

El editor es un comerciante que compra un género para darle pronta salida, y dicho está que cuando le compra no le parece del todo malo.

¿Qué diria si pregonara los géneros que va á vender?

¿Diria que eran malos? No.

¿Diria que eran buenos? No sólo lo diria, sino que añadiria: —No tienen rival.

Esta es la razon por la cual no he querido que el editor haga un prólogo á mi obra.

Háganle los estraños, hágale el criterio del público, hágale la prensa.

Yo reuniré todo lo que ellos digan, y si mi libro mereciese los honores de una segunda edicion, su justo fallo le servirá de prólogo.

AL RÚ RÚ,

CANCION PARA DORMIR NIÑOS,

DEDICADA

á la niña Alice Delrieu.

Duerme, blanca azucena,
lirio del valle,
cáliz de pura esencia,
sueño de un ángel;
duerme tranquila,
alma de quien te adora,
duerme, hija mia.
Al rú rú,
duérmete, niña hermosa,
que viene el bú.

La Vírgen con su manto
tu frente cubre,
y te mece en su lecho
de blancas nubes.
Duerme tranquila,
tu madre con su aliento
te dará vida.
Al rú rú, etc.

—

Te da la flor su esencia,
su trino el ave,
el agua su murmullo,
y el aura suave
pasa rizando
tus dorados cabellos,
que son mi encanto.
Al rú rú, etc.

Con su inocente canto
la golondrina,
dice que de tu sueño
la dicha envidia;
puede envidiarle,
que es tu sueño, hija mia,
sueño de un ángel.
Al rú rú, etc.

—

Los ángeles del cielo
baten sus alas
sobre tu pura frente
de armiño y nácar:
son tus hermanos;
duerme, niña, tranquila,
que están velando.
Al rú rú, etc.

El amor que en tu pecho
para mí encierras,
irá despareciendo
con tu inocencia.
¡Ay, pobre madre,
hasta el amor del hijo
llega á faltarle!
Al rú rú,
duérmete, niña hermosa,
que viene el bú.

SERENATA.

—

Ya del sol los dorados
rayos se esconden,
ya con su blanca luna
vino la noche:
ya con mis penas
vengo á cantarte amores
bajo tu reja.

Luce tus galas, niña,
luce tus galas,
y alumbra el alma mia
con tus miradas;
sal á tu reja,
y cantándote amores
oirás mis penas.

—

El sol tras de los montes
ya se ha escondido,
pues la luz de tus ojos
mata su brillo;
pero la luna
sale, porque al mirarla
su disco alumbras.

¿Sabes por qué las flores
más perfumadas
y orgullosas se muestran
por la mañana?
Es, imagino,
porque el perfume aspiran
de tus suspiros.

—

El céfiro süave
bate sus alas
de gasas incoloras
en tu ventana:
y es que tu aliento
es la vida, es el alma
del blando céfiro.

El cristalino arroyo
va murmurando
desdenes, con que ingrata
me estás pagando.
Sal, que al arroyo
quiero decir que miente;
¡cuánto te adoro!

—

Las hojas de los árboles
trémulas vibran,
y al ver cuánto padezco
tristes suspiran.
Sal, y á las hojas
dí que ahoguen los suspiros,
porque me adoras.

Conmuévante mi ayes,
niña hechicera,
que son de un amor casto
la pura esencia;
y si se pierde,
darás muerte á mi vida
con tus desdenes.

—

. . . . . .

. . . . . .

¿Callas y no apareces?
¡Adios, ingrata!
Dejo entre tus desvíos
mis esperanzas.
¡Ay, quién diria
que de tu amor, el fuego
se apagaria!

Eres de mi destino
negra tormenta,
y tus miradas, rayos
que mi alma queman;
y eres, oh Blanca,
manantial de mis males,
mar de mis lágrimas.

—

Vayan pasando dias,
dias y noches,
y pasen como pasan
mis ilusiones.
¡Ay! ¡Cuántos dias
y cuántas esperanzas
van ya perdidas!

¡Adios! Y el cielo quiera
por desagravio,
que la hiel de mi angustia
brote en tus labios;
verás, ingrata,
si el morir de desdenes
es muerte amarga.

———

LA TEMPESTAD.

—

El sol es el amante
de nuestra tierra,
y con su ardiente rayo
sus galas quema;
y ella, amorosa,
vive ardiendo en la llama
del que le adora.

Este incesante fuego,
en sus entrañas
engendra blancas nubes
que al cielo se alzan.
Hijos queridos
son, que á su madre pierden
cuando han nacido.

—

Ingratos con el padre
que les engendra,
por el amor materno
le mueven guerra:
que son los hijos,
de una madre el apoyo
más decidido.

La que el sér les ha dado
ven que se abrasa
en el fuego amoroso
que el sol la manda:
y es tan dañoso
amar á veces mucho,
como amar poco.

—

Agrúpanse las nubes,
tienden su manto
de cenicienta tela
por el espacio;
celoso y ciego
el sol, las manda entónces
rios de fuego.

Mas las nubes se apiñan,
el sol se inflama,
y el aquilon rugiente
furioso exclama:
¡Paso á los rayos
que en mal hora en la tierra
os engendraron!

—

Y de un polo á otro polo
el ronco trueno
la maldicion del padre
va repitiendo:
¡Malditos sean
los que su dicha roban
al que los crea!

La nube llora entónces
líquidas perlas,
que en fantástica lluvia
van á la tierra;
y con su llanto,
fecundiza á la madre
que le ha criado.

MI ALMA Y YO.

Diálogo.

YO.

Dígame usted, señora
que en mí se hospeda,
¿por qué cuando la llamo
no me contesta?
Vamos al caso:
¿es usted la que manda
ó yo quien mando?

Como simple inquilina,
creo que debe
ser con el propietario
condescendiente;
pues si me enfado,
la ley voy á aplicarla
de inquilinatos.

—

Ocho dias de término
bastan y sobran
para que usted se mude
si la acomoda;
porque la advierto,
que yo no quiero escándalos:
estoy enfermo.

Hay cosas, francamente,
que no me agradan,
y una,—pongo por caso,—
perder mi casa;
y aunque indulgente,
si usted no se modera,
pongo papeles.

—

Esa vida que lleva
tan sin descanso,
mi guardilla, señora,
va trastornando,
y yo no puedo
consentir tal abuso.
¡Soy el casero!

¿Qué hace por la mañana
cuando despierta?
Y por la tarde, ¿qué hace
que no sosiega?
Y si la es fácil
decírmelo, señora,
de noche, ¿qué hace?

—

Como alquilada tiene
toda mi casa,
comete usted escesos
de confianza;
y no creo justo
que se pierda mi finca
por sus abusos.

Mi Padre, — ¡sabio Artífice!—
hizo esta casa,
y usted, señora, al punto
vino á habitarla;
y yo la aguanto
por... consideraciones
que ahora me callo.

—

Cuando silencio impongo,
siempre me sale
con — ¡Ay de tí si llego
de aquí á mudarme! —
Pues sepa, hermana,
que me importan muy poco
sus amenazas.

Así, si vivir quiere
bajo techado,
ha de hacer otra vida,
no quiero escándalos.
Ahora permito
que usted esponga en contra
de lo que he dicho.

MI ALMA.

Hija del Sér más grande
que el orbe ostenta,
bajé en alas de un ángel
sobre la tierra;
y á mi llegada,
en tu mezquina celda
fuí encerrada.

Es el cielo la patria
donde he nacido;
soy hija del aliento
de un Sér divino;
y en las entrañas
de otro, del cielo esencia,
fuí engendrada.

—

Yo doy luz á la cárcel
donde estoy presa,
libertad al tirano
que me encadena,
vida á tu vida,
y á tu nombre la gloria
que le eterniza.

Mas tú, tosco pedazo
de impura carne,
tu inquilina no aprecias
en lo que vale;
por eso quiero
abandonar tu casa,
marcharme al cielo.

—

Si un alma buscar puedes
que me comprenda
y con ella comparta
todas mis penas,
dila que llegue,
que el alma tuya espera
quien la consuele.

Tan sólo de ese modo
podrás tu casa
tener en el sosiego
que me demandas;
si no, me marcho
y rompo mi escritura
de inquilinato.

Á MI MADRE.

—

Todas las noches, madre,
cuando me acuesto,
vienes á despedirte
dándome un beso.
¡Ay madre mia!
¡Qué tranquilo me deja
tu despedida!

Todas las mañanitas
cuando despiertas,
vienes á saludarme,
tambien me besas.
¡Ay, que tus besos
son santas bendiciones
que envia el cielo!

—

Temo que llegue un dia
que al despertarme,
ya no sienta mi frente
tus labios, madre.
¡Ay, Dios permita
no me falten tus besos
toda mi vida!

LAS VECINAS.

Diálogo.

—

—Vecina, buenas noches.
—Ola, vecina.
—¿Qué tal?
—Vamos pasando.
—¿Y la familia?
—Todos muy buenos.
¿Y la de usted?
—Bien, gracias.
—Vaya, me alegro.

—¡Hace un calor horrible!
¡Jesus! ¡Qué pena!
—¿No sale usté á paseo?
—Soy muy casera.
—¡Cosa más rara!
—Hija mia, no vivo
no siendo en casa.

—

—No sucede lo mismo
á doña Eugenia.
Yo no he visto señora
más callejera.
—¿Pues y su hija?
Yo creo que hasta duerme
con la mantilla.

Todo el dia le lleva
de visiteo.
—¡Así estará su casa!
¡Jesus, qué arreglo!
—¿Y su marido?
—Nunca se mete en nada:
es un... bendito.

—

—Diga usted, ya que hablamos
del matrimonio,
¿cómo va aquel asunto?
—¿Cuál, el de... el otro?
Ya se ha arreglado,
porque intervino en ello
Cornelio Márcos.

—¡Oh, parece imposible!
¿Con que el marido?...
—Ya ve usted, como al pobre
le dió un destino...
Y como supo...
que si ántes de casarse
tuvo... ó no tuvo...

—

—¡Pero usted qué me cuenta!
¡Quién lo diria!
—Pues igual que la madre
va á ser la hija.
Dí con quién andas
y te diré quién eres.
Esta no falla.

—Pues la del cuarto bajo
por lo que veo...
—¡Uf! Déjela usté á un lado.
De esa no hablemos.
¡Pobre marido!...
Verdad que era un tunante.
¡Murió en presidio!

—

—Su prima doña Engracia,
la del segundo,
se marchó de Sigüenza
cuando lo supo.
—Pobre señora!
—¡Pobre!... Sí... Las palabras,
segun se toman.

No es rica, pero tiene
muy buen padrino...
y dicen se parece
mucho á sus hijos.
¡Señor muy bueno!
El los viste, los calza,
paga el colegio...

—

—Hija, pues más no haria
si fueran suyos.
—Tal creo, y hace tiempo
que yo presumo...
Tal vez me engañe,
que el que tanto apadrina
puede ser padre.

—Pues ¿y la del tercero?
—¿Cuál? ¿Su amigota?
¡Es la mujer más zafia
y más chismosa!
Yo no la trato,
porque, hija, esa murmura
hasta de un santo.

—

No sucede lo mismo
á doña Prisca,
esa pobre viüda
de la guardilla.
Verdá es, que tanto
de soltera y casada
ha murmurado.

—Ja, ja, ja, qué graciosa;
vaya, vecina,
tiene usted unas cosas
que causan risa.
Es mucho cuento,
cuando está usted de broma
se rie... un muerto.

—

—Pero ya son las nueve.
Yo me retiro.
—Mañana charlaremos
otro ratito.
—¡Pues ya lo creo!
No haciendo daño alguno
nos distraemos.

—¡No hará tal doña Engracia!
—¡Ni doña Eugenia!
—¡Ni la del cuarto bajo!
—¡Qué malas lenguas!
—¡Huy! ¡Qué ladinas!
—Vecina, buenas noches.
—Adios, vecina.

EL AIRE.

Á MI QUERIDO AMIGO

Gustavo Adolfo Becquer.

—

No sé dónde he nacido,
mas soy la vida
de todo cuanto existe,
cuanto se anima.
No tengo patria:
el universo entero
es mi morada.

Siendo libre cual nadie,
estoy cautivo
entre los altos muros
de lo infinito;
y sólo cedo
al Sér Omnipotente,
único eterno.

—

Sin mí no hubiera tierra,
ni sol, ni cielo:
de todo cuanto vive
soy elemento;
si yo faltara,
la destruccion vendria,
luégo la nada.

Tomo diversas formas
como Proteo;
ya soy brisa süave,
ya blando céfiro,
ya cierzo impío,
ya huracan violento,
ya torbellino.

—

Cuando el sol por Oriente
luce sus rayos,
valles, mares y montes
voy despertando;
todos me llaman
suspiro perfumado
de la mañana.

Yo acaricio á mis hijas,
plantas y flores,
cuando cierra su negro
manto la noche;
y las consuelo
dando en su puro cáliz
un dulce beso.

—

Me admiran cuando airado
en el desierto,
montes de ardiente arena
al cielo elevo;
cuando, aura suave,
los suspiros de amores
llevo á un amante.

Yo entre mis alas llevo
á los mortales
las amorosas quejas
que canta el ave;
yo entre mis alas
llevo el rumor confuso
de las batallas.

—

Me admiran cuando dócil
y silencioso
rizo las claras aguas
del manso arroyo,
cuando iracundo
agito las entrañas
del viejo mundo.

Yo soy el que ondulando
la verde yerba,
acaricio á las flores
en la pradera;
yo, el crudo cierzo
que de las flores troncha
el tallo tierno.

—

Soy huracan rugiente
que al monte y valle
arranca impetuoso
sus viejos árboles;
soy la borrasca
que los mares agita
y el mundo arrasa.

Primer soplo de vida
á los mortales
siendo mudo testigo
doy cuando nacen;
mas cojo siempre
el último suspiro
cuando se mueren.

—

Yo no puedo perderme,
pues siempre existo
entre los altos muros
de lo infinito;
no tengo patria:
el universo entero
es mi morada.

A UNA MORENA.

—

Tengo un volcan ardiente
dentro del pecho,
que al mirarme inflamaste
con tus ojuelos;
y no te asombre,
pues tienes en vez de ojos,
niña, dos soles.

Son mis labios el cráter
por donde escapa
del amoroso fuego
su ardiente lava;
ven tú, morena,
y con tus rojos labios
mis labios cierra.

———

LAS TRES ÉPOCAS DE LA MUJER.

—

I.

Eres, mujer, de niña,
la flor más bella
que el hombre en su espinoso
camino encuentra;
y eres, del ángel
que en los cielos habita
la propia imágen.

II.

Cuando los juveniles
juegos te cansan,
eres las realidades
de una esperanza;
y una corona
recibes al llamarte
madre y esposa.

III.

Tu corporal belleza
se ha marchitado;
la del alma, en tus nietos
vas reflejando:
oye cuál gritan:
¡Mujer, madre y abuela,
Dios te bendiga!

¡A UNA MUJER!...

—

Al partir me juraste
que me amarias,
y con tu juramento
me diste vida;
pues mi alma quiere
otra alma que comprenda
cuánto padece.

Solo con la esperanza
de que algun dia
nuestro amor puro y santo
Dios nos bendiga,
vivo esperando,
que aquel que en Dios espera
no espera en vano.

—

Vives entre las flores
de la montaña,
como viven contigo
mis esperanzas;
vives, morena,
como en el verde valle
las azucenas.

Cuando por el Oriente,
del sol dorado
observo que aparecen
sus tibios rayos,
entre la brisa
un suspiro amoroso
tu amor me envia.

—

Y por eso la brisa
tan perfumada
me parece, alma mia,
por la mañana;
y es, que de noche
te brindan su perfume
todas las flores.

¿Tú miras las estrellas?
Tambien las miro,
y en ellas veo tu rostro
si bien me fijo...
mas no me estraña
que tengas parecido
con tus hermanas.

—

Si tu cara es un cielo,
tus ojos soles,
y es tu boca la fuente
de los amores;
si en tus mejillas
la rosa sus colores
ve con envidia;

Puedo decir sin miedo
de que me engañe,
que del cielo y del mundo
eres la imágen;
siendo esto cierto,
¡vales un mundo niña,
vales un cielo!

LA AMISTAD.

—

La amistad en los hombres
es mercancía;
segun es de esplotable
así se estima:
que en estos tiempos,
tú vales cuanto tienes,
ni más, ni ménos.

YO EN SUBASTA.

—

En Madrid he nacido,
tengo treinta años,
soy moreno, gracioso,
delgado y alto.
Vamos, muchachas,
á la una, que empieza
ya la subasta.

De niño fuí bonito,
ahora soy feo,
tengo la sangre blanca
y el humor negro;
pero me irrita
igualmente una ofensa
que una caricia.

—

Soy holgazan, y herencias
en vano espero;
pero es verdad que en cambio
no tengo un céntimo;
y mi pereza,
que domine he logrado
mi diligencia.

Por el dia descanso,
de noche duermo,
así es que de ser sabio
no tengo tiempo.
Vamos, muchachas.
¡A las dos! ¿No hay quien puje?
Que se remata.

—

Un puñal es mi lengua
siempre que hablo,
mas pienso mal de todos
cuando me callo;
y cuando duermo,
ronco, porque roncando
á otros molesto.

Si dicen que hace frio,
yo que me quemo.
Si dicen que se abrasan,
yo que me hielo;
y de este modo
en perpétua disputa
me hallo con todos.

—

Soy soltero, y poseo
todos los vicios
que puedan conocerse
y hay conocidos.
Vamos, muchachas,
¿no hay alguna que cargue
con esta alhaja?

Para cuando me case,
tengo esperanza
de convertir mi cónyuge
en una esclava;
por este medio
lograré que al morirse
se vaya al cielo.

—

Yo no pararé en casa
cuando me case;
pero mi esposa nunca
saldrá á la calle;
mas en desquite,
cuando á mi casa vuelva
seré insufrible.

Si es mi mujer celosa,
seré galante
con todas las mujeres
que á ella la escamen;
si confiada,
tratar bien puedo á todas
con confianza.

—

A las tres, á las cuatro,
que el tiempo pasa.
Aun quedan tres segundos.
¿Quién me remata?...
¿Nadie? Pues hijas,
lo siento por vosotras,
y hasta otro dia.

LAS MALAS LENGUAS.

—

Tienen las malas lenguas
una cuchilla
que hiere, y ya ninguno
sana su herida;
pues aun no hay médicos
que heridas curen de honra
con sus remedios.

EL ARROYO.

—

En la más alta cumbre
de una montaña
de enebros mil cubierta,
nacen mis aguas;
y allí risueñas
van alegres saltando
de peña en peña.

Todos, cuando contemplan
mi nacimiento,
dicen: «¡Qué puras aguas!
¡Qué claro espejo!»
Y yo, orgulloso,
en íris de colores
mis aguas torno.

—

Las cristalinas gotas
que al viento esparzo,
del sol los rayos de oro
van reflejando,
y es cada gota
un sol que va vertiendo
granos de aljófar.

Luégo en humilde arroyo
voy transformado,
apagando sedientos
valles y prados;
y mi murmullo
acompañan las tórtolas
con sus arrullos.

—

La cándida pastora
sus trenzas hace,
mirándose al espejo
de mis cristales;
y algunas veces,
sus lágrimas de amores
mis aguas beben.

Cuando en la silenciosa
noche serena,
de la luna los rayos
en mí reflejan,
yo mis dolores
en lágrimas disueltas
doy á las flores.

—

Y ántes que el envidioso
Febo, sus rayos
por el vecino monte
vaya asomando,
la flor lozana
encierra en su corola
todas mis lágrimas.

Lágrimas tan preñadas
de sentimiento,
que en vapores deshechas
suben al cielo;
y allí á las nubes
cuéntanles en la tierra
cuánto se sufre.

—

Despues al caudaloso
rio me lanzo,
que vive con la vida
de mis hermanos;
y en lazo estrecho,
nuestras suertes unidas
vamos corriendo.

Corriendo por el cáuce,
llego al torrente,
donde en montes de espuma
mis aguas crecen;
y allí altanero,
hasta las cenicientas
nubes me elevo.

—

Pero al fin impotente
hundo mis aguas
en los cóncavos senos
de la montaña;
y muero al cabo
en el inmensurable,
grande Oceano.

LA MUJER.

—

Es la mujer lo mismo
que nieve blanca:
si una impureza toca,
luégo se mancha;
y ya se sabe
que una mancha en la nieve
no hay quien la lave.

EL DESPERTAR DEL ALMA.

—

Cuando el alma dormida
sueña en amores,
viene á ser nuestra vida
campo de flores;
mas cuando al alma
el amor la despierta,
pierde su calma.

En un profundo sueño
tuve la mia;
letárgico beleño
la adormecia;
llamó á su puerta
amor, y desde entónces
está despierta.

—

Lanzada al torbellino
de los amores,
líbrala en su destino
de tus rigores.
Alma del alma,
no dejes que mi vida
pierda su calma.

Juntos tu amor y el mio,
en ráudo vuelo
y en loco desvarío
se irán al cielo.

. . . . . .

. . . . . .

Dí si he soñado,
ó es que tu alma á la mia
ha despertado.

¡QUE DE AQUÍ Á UN AÑO!...

—

Tocan las campanitas,
tocan al alba
cuando el sol con sus rayos
los campos baña;
cuando la noche,
de su lúgubre manto
cierra los broches.

Tocan las campanitas,
tocan alegres
á la hora en que la brisa
las flores mece,
y asaz traidora,
al besar en sus pétalos,
roba su aroma.

—

Van por el caminito
que hay en el valle,
una hermosa, un mancebo,
su padre y madre,
y el monacillo
con el cura del pueblo
y tres testigos.

Todos marchan contentos;
pero la hermosa,
aun va más encendida
que la amapola.
¿A dónde marchan?
Vámonos detras de ellos;
vamos, muchachas.

—

Tocan las campanitas,
tocan alegres,
que el cura ya se acerca
con feligreses.
Tocan á vuelo.
¡Qué alegría tan grande!
Vamos con ellos.

Ya en el templo penetran,
ya de la pila
toman, como cristianos,
agua bendita;
ya con sus dedos
cruzan devotamente
su frente y pecho.

—

La hermosa y el mancebo
van muy de prisa,
y toman por asalto
la sacristía;
y el padre cura
trueca por las sagradas
sus vestiduras.

Tocan las campanitas,
tocan en tanto
que los fieles, de hinojos,
están rezando;
tocan á vuelo,
ínterin que un anillo
cambia de dedo.

—

El mancebo orgulloso
saca del cinto
trece monedas de oro
sonoro y limpio;
y á aquella hermosa
luégo la dice: — Ténlas, —
y ella... las toma.

Tocan alegres, tocan
las campanitas,
y el mancebo y la hermosa
cambian sonrisas.
¿Por qué sonrien?
Mirad, el sacerdote
ya los bendice.

—

Alegraos, muchachas,
tomad ejemplo,
y que dentro de un año...
pero marchemos,
que el padre cura
al altar se dirige
con su casulla.

Una blanca mantilla
en la cabeza
ponen á la muchacha,
y aun más estrecha
otra al mancebo,
blanca tambien, y cae
sobre su cuello.

—

Ya el *In nomini* empieza,
ya el *Ite misa*
se escucha por los jóvenes
con alegría;
ya de la iglesia
salen, y van corriendo
por la pradera.

Coge el mancebo flores
para la hermosa,
y entreteje con ellas
una corona;
miéntras danzando
van delante las chicas
con los muchachos.

—

Ya llegan á la aldea:
corto el camino
á los dos desposados
ha parecido;
y sin embargo,
cuando iban á la iglesia,
largo, muy largo.

Y pasa el dia alegre,
y por la noche
hay fuegos de artificio,
y cenan pote,
y dos corderos,
y gallinas, y liebres,
y leche y queso.

—

Y concluye la cena,
y todo el mundo
se toca con los codos
con disimulo;
miéntras la hermosa
el color va tomando
de la amapola.

Los padres de la jóven
y del mancebo,
se levantan llorando,
les dan un beso,
y les enseñan
un cuarto con un lecho
cual la azucena.

—

Los dos recien casados
ya se retiran;
las muchachas solteras
tristes suspiran,
y sollozando
se dicen unas á otras:
«¡Que de aquí á un año!»

LAS LÁGRIMAS.

—

Niña, guarda tus lágrimas,
guárdalas, niña,
que los ojos abrasan
y el alma entibian;
pues son las lágrimas
esperanzas perdidas
de nuestras almas.

Cuando en los desengaños
quedan disueltas,
dánselas á los ojos
para verterlas;
así, repara
cuando tus ojos lloran
si sufre tu alma.

LO QUE DA LA PATRIA.

—

—Ya vienen los soldados,
madre, ya vienen
cargados de coronas
y de laureles.
¡Ay, qué ventura!
Madre, tambien mi hermano
traerá la suya.

Ya cuelgan los balcones,
y luminarias
todos están poniendo
en sus ventanas;
madre, si quieres,
voy á colgar mi colcha
de seda verde.

—

Ya por la esquina asoman
los soldaditos.
¡Madre, que viva España!
—¡Que viva mi hijo!
—Madre, ya llegan;
mira el abanderado
con su bandera.

¡Madre, qué barbas tienen!
¡Madre, qué barbas!
¡Qué negros les ha puesto
el sol de Africa!
—¡Ay, pobre hijo!
¡Cuánto desde tu ausencia
habrás sufrido!

—

Pero aquí no me encuentro,
voy á la calle;
quiero ser la primera
en abrazarle.
—Vamos abajo,
yo abrazar la segunda
quiero á mi hermano.

¡Vamos corriendo, madre,
vamos, que llegan!
—¿Pero quién nuestro paso
cierra en la puerta?
¡Señores, plaza!
Que voy á ver á mi hijo
que viene de Africa.

—

—Madre, madre, ya pasan;
¿qué compañía
tiene mi hermano, madre?
—Hija, la quinta.
—Esta es la suya.
—¿Dónde está?... ¡No le veo!...
—¿No? Pues pregunta.

Soldado, soldadito
que vienes de Africa,
dime, ¿dónde está el hijo
de mis entrañas?
—¿Cuál es su nombre?
—Pedro Perez y Ramos!
¿No le conoces?

—

—Ay, madre, madrecita,
le he conocido,
y valiente en la guerra
fué vuestro hijo.
—¡Cómo! ¡Se ha muerto!
—¡No, señora, que vive!
—¿Dónde?
—¡En el cielo!

—¡Soldadito, soldado,
es imposible!
Mi hijo morir no pudo
sin despedirse
de la que un dia
de la tierra hizo un cielo
con sus caricias.

—

Madrecita, la madre
que le ha parido,
esos ojos ya nunca
verán á tu hijo;
pero en desquite,
lloren tus ojos, lloren,
pues que ellos viven.

Despues de haber llorado,
seca las lágrimas,
que tu hijo su vida
dió por la patria;
y el que su sangre
da por la patria, tórnase
muriendo, en mártir.

—

Madre, la tierna madre,
bendice al hijo
que por Dios y su España
fué ya bendito;
y él entre tanto,
sus santas bendiciones
te dará en cambio.

—Vámonos, hija mia,
vamos á casa;
quita la colcha verde
de tu ventana;
pon otra negra,
que ya nuestra alegría
trocóse en pena.

—

¡Otras madres, acaso
más venturosas,
rien, miéntras tu madre
por su hijo llora!
—¡Madre! ¡La patria
lo mismo da laureles
que siembra lágrimas!

EN UN ALBUM.

—

Como las mariposas
son las mujeres,
que á la luz de la llama
viven y mueren;
que su esperanza
y luz, que son los hombres,
dan vida y matan.

Plega tus alas, niña,
plega tus alas,
porque el amor del hombre
puede abrasarlas;
guárdate, niña,
que despue. de la muerte
no hay otra vida.

LA MUJER POLÍTICA.

—

En asuntos de amores
esta es la mia,
sucede casi siempre
como en política.
¿Este no peta?
Pues me voy hácia el lado
que más calienta.

En esto no hay pecado,
porque es antiguo
el mudar de opiniones
cual de vestido;
así á esplicarte
voy, para que te instruyas,
mi plan de ataque.

—

Si me enamora un pollo
tímido y guapo,
me gusta en los amores
ir progresando;
lo cual indica
que en este primer caso
soy *progresista*.

Cuando al pié de la letra
mi novio entiende
la palabra *progreso*,
no me conviene;
pues cosa es clara
que avanzando me haria...
republicana.

—

Y esa cosa diabólica
de que lo mio,
por la igualdad ser debe
de mi vecino,
no entra en mi táctica:
por tanto, en este caso,
soy *moderada*.

Si el que tiernos suspiros
por mí ha lanzado
llega á adoptar la fórmula
de *ordeno y mando*,
su tiranía
le contrarresto al punto
siendo *anarquista*.

—

Cuando el amor de un hombre
ya me ha cansado,
y otro, dulce, amoroso,
me dice: «¡Te amo!»
vuelvo casaca,
porque nada me importa
ser *resellada*.

Pero si el himeneo
lazos me tiende,
y caigo por mi agrado
presa en sus redes,
seré costilla
á todo coste y costas
absolutista.

—

Que estando ya casada,
esta es la mia,
sucede casi siempre
como en política:
quien manda, manda,
y el que la carga sufre
lleva la carga.

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES.

Cantares.

—

—Templa, Anton, tu vihuela.
—Ya está, Mariano.
—Entona unas manchegas.
—Pues dame un trago,
porque el gaznate
tengo seco, y pudiera
desafinarme.

—

A tu salud.
—Mil gracias
y buen provecho.

—Gracias tambien.
—¡Gracioso
se ha puesto el tiempo!
—Trae la vihuela.
—Toma, Anton.
—Trae, Mariano.
—Gracias.
—Empieza.

—

—Tin, tin, tin... Esta prima
parece hermana,
por lo seca y chillona,
de tu Colasa.
—Anton, tengamos
la fiesta en paz y en gracia
de...
—Oye, Mariano.

«Tienen todas las niñas
miel en los labios,
y por eso al catarla
me he vuelto zángano.
¡Ay! Yo querria
estar cata que cata
toda mi vida.»

—

—Anton, bien se conoce
que estás borracho.
—Mariano, no seas tonto,
y oye, Mariano,
que las verdades
las dicen los borrachos
y los rapaces.

«Si no tuvieras miedo
de las abejas,
yo seria abejita
de tu colmena;
pero te advierto
que mis aguijonazos
se enconan luégo.»

—

—Anton, el vino te ha hecho
daño en los cascos.
—Mariano, no seas tonto,
y oye, Mariano,
que las verdades
las dicen los borrachos
y los rapaces.

«La mujer y las medias
son parecidas:
si un punto se las salta
ya están perdidas,
y son los hombres
siempre, las estaquillas
que el punto rompen.»

—

—Anton, por Santa Prisca,
no te resbales.
—Mariano, no te asustes,
que las verdades,
ya te lo he dicho,
las dicen los borrachos
y los chiquillos.

«Es la mujer un órgano,
que al que le toca
si entiende sus registros
no le incomoda;
pero si es torpe,
produce unos sonidos
que ni el de Móstoles.»

—

—Deja, Anton, la vihuela
que desentonas.
—Oye, Mariano, y calla,
no seas cócora,
que las verdades
nunca ofenden, Mariano,
más que al culpable.

«La mujer es un vaso
de cristal fino,
y el hombre es un diamante
de agudo filo;
raya en el vaso,
y el vaso quiebra luégo
por lo rayado.»

—

—Anton, toma la jarra
y echa otro trago.
—Venga, y Dios te lo pague.
—Sigue cantando,
que las verdades
las dicen los borrachos
y los rapaces.

«El diablo son los hombres,
y las mujeres
son buenas, porque el diablo
no se las lleve;
mas llega un tiempo
en que todas viajan
hácia el infierno.»

—

—Daca, Anton, la vihuela...
—Toma, Mariano.
—Y gracias por las coplas
que me has cantado,
que las verdades
las dicen los borrachos
y los rapaces.

LO QUE SE GANA Y LO QUE SE PIERDE.

DEDICADA Á LA SEÑORITA

Doña Isabel de Villamartin.

—

I.

De su aldea Gil Perez
partió una tarde,
partió para las Indias
occidentales;
pues aseguran
que allí, el que pobre marcha,
hace fortuna.

—Adios, mi madrecita,
madre del alma,
dijo dándola un beso;
adios, hermana:
no tengais pena,
que sereis muy dichosas
cuando yo vuelva.

—

Cuidad los viejos árboles
de nuestro huerto;
cuidad la vaca roja,
cuidad mi perro...
y cese el llanto,
que voy á volver rico
en pocos años.

Y Gil Perez al punto
partió anhelante,
miéntras lloraban tristes
hermana y madre;
miéntras el perro
daba al aire sus ayes
más lastimeros.

II.

Pasaron velozmente,
pronto pasaron,
horas, dias y meses...
meses y años;
era una tarde
del ardoroso estío
templada y suave.

El sol iba ocultando
su luz cansada
entre un grupo de nubes
de ópalo y grana;
y entre los lirios
el ruiseñor hacia
su primer trino.

—

La brisa acariciaba
con dulce beso
la límpida corriente
de un arroyuelo,
y en su ribera
iban amontonándose
algas y piedras.

Era, pues, una hermosa
tranquila y suave
del ardoroso estío
plácida tarde,
en que Gil Perez
venia de las Indias
rico y alegre.

—

Al llegar á la cumbre
de una colina,
sintió estallar del pecho
todas las fibras,
porque á lo léjos
las casas de su aldea
aparecieron.

Gil Perez, conmovido,
cayó de hinojos;
una lágrima ardiente
brotó en sus ojos.
¡Lágrima santa!
¡Manantial de recuerdos
y de esperanzas!

—

Allí la humilde casa
donde naciera,
con sus toscas paredes
de cal y piedra;
allí el asiento
donde se calentaba
sentado al fuego.

Más allá el cobertizo
junto á la trocha,
donde rumiaba el heno
la vaca roja;
y el huerto á un lado
con sus verdes higueras
y sus manzanos.

—

En medio de la dicha
que le embargaba,
una aguda tristeza
sintió su alma;
y el buen Gil Perez
bajó hácia la llanura
rápidamente.

Doblaba la campana
chica del templo...
¡Y era su voz muy triste!...
¡Doblaba á muerto!...
¿Por quién lloraba
el sonido argentino
de la campana?

—

Se acercó á los umbrales
de su vivienda...
la entrada estaba libre,
franca la puerta;
mas ni la madre
ni la hermana salieron
á saludarle.

— ¡Madre del alma mia,
mi pobre hermana,
salid, que vengo rico!...
Y en lontananza
se oia el eco
repitiendo sus frases
léjos, muy léjos.

—

Llegóse hácia el establo
con gran zozobra,
pero en él no mugia
la vaca roja,
ni allí su perro
atado á la cadena
guardaba el huerto.

Perez cayó de hinojos,
besó la tierra,
comprendiendo el misterio
de aquella ausencia...
miéntras que el aura
se llevaba el sonido
de la campana.

FIN.

ÍNDICE.

	PÁGS.
Dedicatoria.	V
Advertencia.	VII
Al ru, ru, cancion para dormir niños.	13
Serenata.	17
La tempestad..	24
Mi alma y yo, diálogo.	29
A mi madre.	38
Las vecinas, diálogo..	40
El aire.	49
A una morena.	56
Las tres épocas de la mujer.	58
¡A una mujer!	60
La amistad..	65
Yo en en subasta.	66
Las malas lenguas.	72
El arroyo.	73
La mujer..	79
El despertar del alma.	80
¡Que de aquí á un año!	83
Las lágrimas..	93
Lo que da la patria.	95
En un álbum..	103
La mujer política.	105
Los hombres y las mujeres, cantares.	110
Lo que se gana y lo que se pierde.	118

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD